

Excursión a la Cueva de los Guácharos Corregimiento de Palestina, Municipio de Pitalito, Departamento del Huila, junio 19 de 1953

Por: **JESUS EMILIO RAMÍREZ, S. J.**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 1, Volumen XII
Primer Trimestre de 1954*

INTRODUCCION:

El Departamento del Huila en Colombia une a las manifestaciones maravillosas del arte monumental prehistórico, las no menos grandiosas de la geología dinámica y estructural. El gigante de la testa nevada del Huila que se yergue hasta alturas no medidas aún, el río Bordones que en su triple cascada (420 metros) casi triplica la altura del Salto de Tequendama, y las inimitadas arquitecturas subterráneas del Suaza en la cueva de los Guácharos son ejemplos de lo que la dinámica andina ha reservado para deleite de geólogos y turistas en este bello rincón de la patria.

Bajo el seno de la Cordillera Oriental y aún antes que el hombre labrara sus catedrales de sal, ya un arquitecto pertinaz, el río Suaza en plena juventud, había horadado la montaña, había abierto galerías, decorado muros en bajo relieve, abriendo así ancho campo a la espeleología, ciencia práctica, hija de la geología que estudia el origen y formación de las cavernas.

Tiene la cueva de los Guácharos el encanto de aguas que emergen del tenebroso subterráneo como las de Reska, de fuentes que desaparecen como en las cavernas de Carniola y Arcadia, en Europa, de torrentes que corren rugientes por obscuras concavidades, de compartimentos y articulaciones secas, de galerías horizontales de túnel, verticales de garganta y oblicuas de pisos.

Tiene el encanto de accidentes de erosión y corrosión en plena actividad y el no menor de las aves crepusculares y noctívas propias de los países tropicales de la América Meridional llamadas comúnmente guácharos que le dan su nombre a la cueva.

¡Rara coincidencia! En los mismos días, primera semana de junio 1953, en que los exploradores ya famosos hollaban por primera vez el Everest en el Himalaya, otro grupo de exploradores practicaba el contra alpinismo descendiendo a los palacios subterráneos de los Andes del Huila.

Bibliografía. De los varios visitantes a la cueva, pocos son los que a nuestro saber han consignado por escrito sus impresiones. El primero fue el Dr. Eugenio Salas en la revista Pan, número 16, octubre 1937, páginas 83-94. Su estilo poético y por lo mismo menos exacto, mereció que parte de su descripción encontrara cabida en *Nuestro lindo país colombiano*, por Daniel Samper Ortega, Bogotá, 1938, Editorial ABC, páginas 312-317. Visitó la cueva en octubre de 1936 en compañía de Hermann von Walde-Waldegg, José María Rozo y Francisco Molina.

El arqueólogo español José Pérez de Barradas cuenta doblemente su excursión, primero en su *Arqueología Agustiniense*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1943, páginas 12-14 y luego con algunos datos más, en *Colombia de Sur a Norte*, Elías A.A. Tipografía, Madrid, t, 1, páginas 152-159. Pérez de Barradas subió a la cueva hacia el 31 de julio de 1937 en compañía del Dr. Ricardo Dussán.

También el Dr. Ernesto Bein ha publicado en la revista estudiantil *El Aguilucho*, volumen, 13, número 95 marzo 1945, páginas 3-11 el primer mapa esquemático de la cueva y las impresiones de sus tres excursiones a la cueva, primero solo y luego acompañado de algunos estudiantes del Gimnasio Moderno. Una de sus excursiones tuvo lugar a principios de enero de 1945 en compañía del Dr. Teófilo Carvajal, de Pitalito.

Su historia. La leyenda historial se remonta al tiempo de la fiebre por la quina y el caucho del siglo pasado y atribuye al cauchero Evaristo Chaux el descubrimiento de la cueva cuando un domingo de 1876 dio de manos a boca con una gigantesca entrada a caprichosas estructuras subterráneas de templos y pagodas.

En 1880 otro cauchero, Pedro Galindo, atraído por la curiosidad que inspira lo tenebroso y desconocido tomó camino de la cueva, penetró en ella y trajo como trofeo a Pitalito un pájaro carmelito con triángulos blancos, el famoso guácharo.

Finalmente Eleuterio Figueroa en 1899 se adueñó con su familia por tres años de la cueva y encontró allí "amplia mansión con piscinas decoradas, duchas abundantes, clima delicioso y estrépitos de alas".

Hoy día el terreno de la cueva pertenece al Sr. Juvenal López que habita en Serrezuelita, Usaquén, el cual nos refirió haberlos adquirido por compra hace unos doce años de los herederos de D. Lorenzo Cuéllar, quien los obtuvo a su vez de la nación hace unos 90 años.



Los excursionistas. Invitados gentilmente por el Dr. Enrique Gómez H. Director de *Diario Gráfico* a organizar una expedición, nos dimos pronto a la tarea de aprestarnos a ésta de la Cueva de los Guácharos. Como cronista iría el insuperable teniente Alfonso Hilarión Sánchez, ya famoso por sus crónicas de las esmeraldas de Muzo, La Furatena y Guaduas, y por su libro: *Balas de la ley*.

El problema de la fotografía subterránea sería hábilmente resuelto por Luis Velasco, experto en estas artes. La ayuda de dos acompañantes para lidiar cuerdas, arreglar bártulos, iluminar lobreguezes y fosas, abrir brechas, medir distancias, desafiar peligros, etc., la prestaron: Pastor García Páez y Roque Alberto Espitia, guardas del parque Nacional.

Un ingeniero meteorólogo y cazador, vendría de perlas en la expedición y estas cualidades las reunía el Dr. Epifanio González Paredes que se nos unió en Garzón, aceptando la invitación que le hicimos marconigráficamente desde Bogotá.

Basta sólo añadir que el arriero Luis Felipe Agudelo cumplió su oficio, y que el guía Juan de la Cruz Casas, nos alojó en su idílica vivienda a media hora de la cueva, nos atendió y condujo virgilianamente por sus vericuetos.

Preparativos. Nos aprestamos a la antigua y nueva usanza, El Sr. José Patiño Ariza nos preparó un mapa de la región con los datos que nos dio la Texas Petroleum Company. El Dr. Staffe contribuyó con valiosas observaciones y mapas de la región del Caquetá y del Huila.

El Dr. Acevedo nos obsequió los mapas de los municipios de Pitalito, Acevedo y San Agustín.

El equipo consistía en un altímetro compensado de la casa Richard de París, brújula de geólogo, (Brunton Compass), termómetros, decámetro, martillo de geólogo, cuerdas delgadas y cables, linternas eléctricas, cámaras fotográficas y luces de magnesio, machetes, escopetas, víveres, bestia de aprovisionamiento y lámpara Petromax de luz clara, segura y de gran duración.

Nos faltaron, y hubieran sido muy útiles globos de caucho para inflar y elevar hasta los techos atados a cuerdas con el fin de medir la altura de bóvedas y cúpulas.

Itinerario. La primera jornada fue de Bogotá (2.600 metros sobre el nivel del mar) a Pitalito (1.300 metros). El avión nos llevó primero a Garzón (880 metros) con escala en Neiva (480 metros). De Garzón a Pitalito el Dr. Epifanio González nos condujo en su propio carro.

En la tarde del segundo día abandonamos a caballo a Pitalito en dirección Sur hasta llegar al corregimiento de Palestina (2.000 habitantes y 1.585 metros de altura). Fueron 3 horas y 3 cuartos de marcha para un total de unos 24 kilómetros.

El camino empieza a lo largo de un plano envidiable, de sedimentos cuaternarios bien estratificados, consistentes en cascajos, gravas, arenas y arcillas fluviátiles.

El suelo es fértil las aguas abundantes y el clima delicioso. El camino y el río Guarapas van casi paralelos sombreados por esbeltos y plumosos guaduales; luego en la mitad del plano el camino pasa al lado derecho del río y sigue por su orilla hasta cruzar la quebrada Quebradona y desde allí tuerce un poco hacia el S-S-O hasta llegar a Palestina.

Palestina es hoy un próspero corregimiento de Pitalito fundado hace 40 años. Desde el alto del

Salado aparece con más solares que casas y más paja que teja, enmarcando las casas el marco de la plaza y con unas tres semicalles que cabalgan sobre dos lomitas en declive. El suelo es arcilloso y el clima agradable.



El P. Buenaventura Parra, Cura Párroco, le ha dado luz, le procura acueducto, hace esfuerzos por construirle carretera y levanta los muros de una grandiosa iglesia en un sitio más apropiado. De él recibimos valiosas informaciones y la llave de la hospitalidad que maneja a las mil maravillas.

Los dos mil habitantes son despiertos, pacíficos y amantes de las bellezas naturales de su tierra. El Sr. D. Agustín Gutiérrez hablaba de las maravillas de la cueva y sus ojos se encendían y su entusiasmo era rebosante y comunicativo.

La tercera jornada es de 6 horas a lomo de mula o de un caballo práctico. Nuestra salida fue a las 6 y cuarto de la mañana, con cielo opaco y gris. Alguna corta llovizna de páramo nos salió al encuentro pero tuvimos sol al llegar a la casa del guía Juan de la Cruz Casas a las 12 y 15 p. m.

El levantamiento del perfil del camino se hizo a caballo por medio de brújula, cronómetro y altímetro.

El camino es camino hasta el cruce del río Guarapas y luego se convierte en trocha llena de toda clase de obstáculos: pendientes, peñas, raíces, palizadas, cochales, canalones, tremedales y fango por doquiera porque aún llovía en la región.

El río Guarapas bajaba crecido del S-S-O y lo cruzamos a la izquierda siguiendo una dirección general S-S-E.

A medida que se avanza, la naturaleza es cada vez más extraña y salvaje. Faldas de selva se admiran a corta distancia respetada aún por la tala inmisericorde. Robles gigantes sobreviven aún a lo largo del camino y se siente algo del embrujo de la selva, bajo un follaje enmarañado y verde oscuro en medio de una luz difusa que anima a las chicharras en su canto y a las polícromas mariposas a desplegar sus grandes alas.

La mitad del camino lo forma el Alto de la Mensura a 2.125 metros y desde allí se descende hasta la quebrada de la Cascajosa que riega la finca de Juan Moreno a 1.860 metros.

Hasta el tiempo de la excursión de Pérez de Barradas en 1937, esta finca era el término de las bestias y el comienzo de la jomada a pie.

Para nosotros el camino no tenía diferencia alguna. Seguimos: "Montes y valles van, tajos y barrancos vienen" hasta bajar por la pendiente de una falda al cauce profundo del Suaza que corre de Sur a Norte en este trayecto. Sus aguas rugientes no llevan en suspensión ni lodo ni arcilla sino sustancias orgánicas de la selva vecina; su color es marrón oscuro, salpicado de blancas burbujas que brotaban a su roce con los pedruscos desprendidos de los bordes y arrastrados por la corriente. Así los vimos desde el puente cubierto, (1.820 metros) que lo cruza a unos 15 metros de profundidad, ya en la propiedad de Juan de la Cruz Casas.

A su lado regatos y riachuelos se arrastran misteriosamente por entre la grama para aumentar su caudal.

El valle del Suaza aparece ya colonizado y con buenos potreros. En la margen derecha por donde descendimos hasta el río se divisaban las casas de Víctor Molina y la de Luis Mera. En la margen izquierda por donde debíamos subir estaban las viviendas de Juan de la Cruz Casas y la de Ernesto Díaz. Un sol de rayos perpendiculares alumbró nuestros últimos diez minutos de llegada desde el puente hasta la acogedora portada del cicerone boyacense Juan de la Cruz Casas a 1.900 metros

sobre el nivel del mar.



Panorama. La vista del valle del Suaza no es muy amplia desde la casa de nuestro guía. Hacia el Sur está el *divortium aquarum* de las aguas que van al Caquetá y al Magdalena y lo forman los picos de la Fragua de unos 2.000 a 3.000 metros. Hacia el S-E está la serranía de los Andaquíes y el camino que atraviesa de Acevedo a Belén de Umbría. Ya en 1787 Francisco Silvestre, secretario del Virrey Mesía de la Cerda, dice que la entrada a las misiones de los Andaquíes se debía fomentar para aprovechar la canela y cera de abejas que de ellas se extraía.

Hacia el S-O se adivina el nacimiento del río Suaza y un poco más al O. el del río Guarapas y la Quebradona. Por el O. se yerguen los filos del Alto de la Mensura, por el Norte los cerros de Pitalito, por el S-E el valle del Suaza que sigue su curso hacia Acevedo.

La geología dinámica y estructural debe ser complicada pero la selva y los potreros ocultan todo. Sólo algo puede apreciarse en el cauce del río y la cueva.

Las vertientes vecinas soportan una magnífica selva de árboles de los cuales cuelgan lianas de tamaño increíble. El suelo es de un cieno fino y pantanoso. Aún se ven árboles de valor económico como la quinua, el caucho, el cedro, la acacia, etc.

La climatología de la región es húmeda y fría. La temperatura a medio día fue de 17° C. y a las 6 p.

m. de 15° C. en la casa del guía. De noche un viento helado bajó de la serranía; y llovizó en la madrugada de nuestras dos noches.

La cueva principal. Dista de la casa del guía de 30 a 40 minutos a pie por terrenos de potreros anegadizos sembrados de viejos troncos de la antigua selva, de raíces sarmentosas y de bloques de piedra caliza. Subimos a lo largo de la falda procurando darle alcance al río Suaza que bajaba a nuestra derecha. El camino se vuelve peor, hasta que resbalando por cuevas lisas, adelgazándose por debajo de los troncos, saltando riachuelos y aligerando el pie sobre los mogotes pantanosos llegamos a la entrada oriental. Por allí, dice el guía, conduciendo a su gente. Allí, dije Yo, debe estar el *descensus averni* y allí es donde se siente como Dante, la necesidad de un conductor virgiliano.



Pero la entrada no aparece. Árboles, helechos, bejucos, es decir toda una vegetación exuberante la oculta hasta que se desciende hasta ella lateralmente. Difícil decir si nosotros entramos a la cueva o el prodigio se nos entró por los ojos a la manera del cine tridimensional.

Un salón de forma rectangular aparece inmenso desde las ruinas de la entrada. La luz entra tenuemente filtrada a través del cortinaje de arbustos y bejucos que penden del borde del umbral y se quiebra en los muros de color cemento de las rocas calcáreas. El cronómetro marcaba las 3 y 30 p. m., los altímetros 1.940 metros y el termómetro 15° C. (junio 6, 1953).

La abertura inmensa la formó probablemente un hundimiento. Así lo indican los bloques de rocas a

manera de ruinas acumuladas en la entrada. Debieron fallar las columnas o paredes laterales y se desprendió la parte más oriental de la laja monumental que sirve de techo al inmenso salón de entrada y a toda la cueva con sus ríos subterráneos, galerías y derivaciones. El buzamiento de la losa del techo y de todos los estratos que aparecen en la cueva es uniforme en todas partes y es de 18° en dirección N 60° O. El rumbo por tanto (La intercesión del plano de los estratos con el plano horizontal) es de N 30° E.

Descendimos rápidamente al inclinado piso del salón. Su anchura es de 20 metros. Su altura de 10 metros a la entrada y aumenta a medida que baja uno por el piso hasta los 18 metros al fondo negro y tenebroso del lado occidental. Su longitud alcanza a los 50 metros. La pared Sur está formada por estratos de caliza de 2 y 3 metros de espesor en la parte inferior y de un metro y más delgados en la parte superior. Orificios a manera de gárgolas se asoman a varias alturas como si por allí hubiera brotado el agua en tiempos remotos.

Antes de que las pupilas se agrandaran y se adaptaran a la semioscuridad para mejor apreciar los detalles, el oído había percibido ya el bronco y cavernoso sonido de un torrente lejano y algunos despacibles graznidos acompañados de poderosos aleteos.

Encendemos las lámparas y avanzamos hacia el fondo oscuro del salón por sobre un piso seco y blando de color oscuro, con un espesor de 10, 20 y más centímetros. Daba el guano la impresión de que pisábamos sobre una capa de virutas menudas y suaves.

Llegamos hasta iluminar el fondo del salón. Es este un balcón o tribuna desde donde se atisba en su álveo profundo al río Suaza descender rugiente. Miramos al techo y sólo las linternas más potentes logran darnos detalles. Es un duomo grandioso de forma ovalada con su eje mayor de S-E. a N-O. Y labrado dentro de la laja que sirve de lecho a la cueva. El artesanado es en bajo relieve adornado de caprichosas listas blancas formadas por las exudaciones de las rocas. Da la idea de que el duomo se hubiera labrado por un violento remolino de aguas cargadas de rocas encontradas tumultuosamente y procedentes del Oriente y del Sur.

Volvimos los ojos y linternas hacia el Sur y alcanzamos a ver la prolongación cavernaria, las reflexiones de la luz en las aguas saltantes del Suaza que descende y allá al fondo algún vislumbre de luz natural. Nos tomamos hacia el Norte y horadamos con las luces las tinieblas de la caverna que sigue con su río insondable buscando presuroso una salida.

Este duomo central no descrito en libros de arquitectura es lo más majestuoso que tiene la cueva entera. Mide unos 50 metros de alto, por unos 45 de ancho. Lo adornan amplias tribunas, nichos, balcones, galerías, maravillosos encajes, pentagramas de amarillo y blanco y colgaduras de calcita.

Para este tiempo un enloquecido tumulto de alas y de gritos estridentes de centenares de guácharos llenaba el ambiente en orquestación singular.

De los nidos como cazuelas de barro y estiércol clavados en los balcones inaccesibles de las rocas, habían salido centenares de aves, lastimados sus ojos por las luces y su tímida sensibilidad por la presencia de sospechosos huéspedes.

El Dr. Epifanio abrió el fuego, y dos o tres guácharos cayeron a nuestros pies. Algún pichón volantón asustado se aventuró a salir a la luz del día perseguido por nuestra algazara pero logró esconderse cegatón entre el alto ramaje de la entrada. ¡Así frustró nuestros ademanes persecutorios!



Volvimos pie atrás, sin atravesar el río, para el reconocimiento de los laberintos superiores que se abren lateralmente a uno y otro lado del salón rectangular de la entrada.

La sala del tigre. A unos siete metros sobre el nivel del suelo y en la pared derecha o Norte, hay un hueco, a cuyo lado luce un cuadro de Nuestra Señora. Un palo picado en escalones es la única escalera. Trepamos. Dos bloques rectangulares e inmóviles cierran el agujero; por entre ellos y las paredes nos arrastramos, y pasamos a un túnel en dirección N 60° O., inclinado, que parece labrado por el hombre y con estrías laterales producidas por la erosión diferencial; mide 1,30 metros de ancho por 1,80 metros de altura.

Remata en forma de bóveda. Su piso es duro y seco con huecos llenos de cascajos y arena, restos de madera, clara indicación de que por allí pasaron las aguas de un riachuelo. El callejón termina en una serie de balcones sobre la caverna del río, a manera de palcos de un teatro fantástico y gigantesco.

En tiempos pasados se encontró allí la osamenta de un tigre que tal vez atraído por la carne de guácharo penetró a estos dédalos y murió extraviado, lo cual ha merecido a este recinto el nombre de Sala del Tigre.

Retrocedimos y descendimos por el famoso palo de la entrada hasta la entrada oriental de la cueva. Habríamos consumido media tarde en la cueva. Nos batimos en retirada; era nuestro anochecer; de sus escondrijos saltaban veloces al aire los guácharos; era su amanecer.

En la mañana del día siguiente, volvimos a la cueva trayendo el fiambre y dispuesto a pasarlo íntegro dentro de sus laberintos.

Junto a la puerta de entrada y mano izquierda desembocan en el muro a unos 6 metros de altura otras tres galerías superiores. La primera y más accesible es ancha, alta y de unos 40 metros de longitud. Una pequeña fuente de agua nace al pie de unos túneles de los paredones de la izquierda. Para entrar por los otros socavones hay que arrimarse al borde del paredón izquierdo de la entrada principal y allí se abre una galería tan ancha y alta como la que conduce a la Sala del Tigre y que por su dirección y tamaño juzgamos que es su continuación que interrumpió el salón rectangular de entrada al sufrir el colapso de su piso socavado por aguas de cuevas más profundas.



Avanzamos unos 120 metros en dirección S. 40° E., primero por una galería que se angosta lateral y verticalmente y que comunica por una serie de túneles laterales a otra galería paralela con fosos profundos a la parte superior de la galería ancha y primera.

El primer callejón ostenta en sus paredones firmas de visitantes y por eso le cayó bien el título de la Galería de los nombres, a la segunda le dimos el nombre de Los Exploradores, quizá pensando en nuestra hazaña.

En el extremo de este corredor se encuentran a varios niveles tres salas: la de los Filtros así llamada por Bein por las goteras que se desprenden del techo y de las paredes que actúan a manera de filtros; La Claraboya, que recibe algo de luz por una pequeña ventana que se alcanza a ver desde un rincón y la última superior de la Chimenea explorada por el teniente Hilarión hasta ver la luz del día a buena altura. Otro vestíbulo más pequeño ostenta en sus muros exudaciones de carbonatos a manera de estalactitas.

Volvimos luego a la entrada lateral no sin antes desprender algunos fósiles bien preservados, especialmente seleccionados de la Sala de La Claraboya en los estratos de fácil solución.

Galerías inferiores. Regresamos de nuevo al Duomo Central, bajamos por la derecha al Suaza subterráneo, y lo cruzamos con dificultad por donde pasa un poco más explayado. Su caudal sería de 3 a 4 metros de agua por segundo. Este río según el guía, nace a unos 15 a 20 kilómetros arriba de la cueva en la montaña, cerca del filo del *divortium aquarum* entre el Magdalena y el Caquetá superiores. Llega alborotado del S-S-O., salta blanco en una bella cascada de unos 8 metros de altura y se vuelve hacia el Norte para entrar en la cueva. Un arco monumental de unos 40 metros de alto por 30 de ancho, le da amplia cabida. Un ventanal inunda de luz su lado derecho y se encueva por una caverna de unos 350 metros serpenteando y jugueteando entre las rocas. Pasa por el Duomo Central dejando el salón rectangular a la derecha en la parte media y sigue hasta salir por un boquete de unos 25 metros de altura por 20 de anchura. Esta es la cueva grande cubierta por la misma losa con su río tártaro y sus aves estigias.

Al otro lado del río y frente al salón rectangular de la entrada principal, se abren otras galerías. Una de ellas debió ser en tiempos remotos cuando el río estaba en la mitad de su profundidad, un brazo lateral del mismo, porque siguiendo por día fuimos a asomarnos aguas arriba por 2 o 3 miradores al río que pasa profundo. Un ramal sigue en dirección occidental por un estrecho orificio y por plano inclinado hacia el salón del púlpito o pagoda.

Para bajar a él hay que descolgarse por un agujero que da la idea de púlpito desde cuyo borde se domina el salón. Su artesanado es también de color gris blanquecino adornado por caprichosos arabescos de una superficie corrugada. Grandes bloques yacen despedazados y en desorden, semejantes a las ruinas de una ciudad derruida. Las dimensiones de este salón de forma irregular serán de 20 por 15 metros a lo largo y ancho, y su altura de 6 metros.

Varias derivaciones y dédalos se abren alrededor y por su extremo occidental se oye el bramido de otro torrente: es el misterioso Brazuelo o río subterráneo casi tan caudaloso como el Suaza. Bajando por un peligroso túnel, descendimos hasta él, quisimos seguir río arriba, pero fue imposible. Sus aguas son turbias y corren semioscuras en un socavón de unos dos metros de altura; a ojos vista se ve como agrandan por erosión las hendiduras existentes y arrastran los materiales que disuelven. Es sencillamente el comienzo de otra tenebrosa caverna que podrá ser más alta y larga que la del Suaza.

Quise en estas lobregeces adentrarme solitario con mi linterna a un recoveco muerto a donde el hombre jamás había entrado, como quien pasa a la antesala del olvido. Apagué la luz y fueron tan negras las tinieblas, tan tétrica la soledad y tan absoluto el silencio y la desorientación tan completa

que sentí pavor y soterramiento espiritual. Me di prisa por unirme a mis compañeros y dejar esos senderos de lóbrega orfandad.

Desvíense del otro lado del Brazuelo otros túneles que siguen la dirección de sus aguas y desembocan aquí y allá en el mismo siguiéndolo hasta que éste se encueva definitivamente. Más abajo no decía el guía hay otra cueva, llamada por Bein la Vorágine, de bella arquitectura desde donde se mira pasar el Brazuelo, para luego desembocar en el cauce del río Suaza a unos 400 metros abajo a la salida de la cueva. En tiempos de sequía el río Suaza desaparece por completo abajo de la Vorágine y sus aguas se desvían probablemente hasta desembocar subterráneamente al Brazuelo. Río Suaza abajo existen otras cuevas llamadas "El Cuadro" y la "Cueva Chiquita" que no visitamos.

Salimos de la cueva cruzando el río y retornando a la entrada lateral. Subimos por el bosque que cubre la gran loza de la cueva para medir su longitud y ya en la mitad de la tarde gris logramos llegar al gran arco desde donde se contempla el río Suaza jugar a la entrada de la cueva. La altura es de unos 80 metros.

El guía nos anima a descender por el muro occidental del arco hasta contemplar el espectáculo del río y del arco desde: una cornisa a mitad de su altura.

Los estratos siguen su inclinación constante. La losa le sirve de techo al arco que es liso por debajo con algunos bloques cuadrangulares en las esquinas superiores a manera de sostenes. El río sumergido en su cauce profundo atraviesa el arco y recibe luego luz por su margen oriental a través de un ventanal producido por un hundimiento de rocas, señal de que la gran caverna empieza a deshacerse. Luego de contemplar este arco triunfal por largo rato y de ensayar la cámara fotográfica que nos envió el fotógrafo, rezagado se abrió la encuesta para determinar su tamaño. Las cuentas más razonables fueron: luz, 50 metros de altura por 25 de anchura. Espesor de los muros laterales 15 metros.

Sala de San Juan. Un agujero estrecho y en forma de embudo perpendicular cercano a la cornisa donde estábamos, da entrada a otro salón. Fue necesario descolgarse con la manila para proseguir nuestra incursión sombría, tectónica por decirle así, sin parar mientes en los peligros desconocidos. Allí los estratos fosilíferos de fácil solución habían cedido ante la cascada de aguas que penetraron por donde nosotros lo hiciéramos. Estas debieron encontrar primero salida otra vez al río por un "Mirador Maravilloso" a distancia de unos 20 metros y corriendo el tiempo se desviaron a la

izquierda por el cauce por donde soterrado baja el Brazuelo. El Dr. Epifanio sugiere el bautismo de la sala irregular con el nombre de San Juan para honrar al cicerone, y luego seguido por mí se adelanta por la orilla del Brazuelo queriendo buscar su origen. En vano es nuestra pesquisa.

Por una distancia de 60 metros agua arriba se ve correr el Brazuelo y a lo lejos salir a borbotones de entre un angostamiento de la caverna. ¿De dónde viene? ¡Ahí está el misterio! Puede que sea una desviación tan común de las aguas del Suaza, puede ser que recoja las aguas subterráneas de la serranía en una gran extensión.

Antes de trepar por la cuerda de salida no resistimos el deseo de asomarnos de nuevo al balcón maravilloso: desde allí y hacia la derecha se aprecia el otro lado del arco triunfal del río, casi al frente está el chorro de luz de la ventana, y encima el techo corrugado y al pie el río que baja saltando.

Ante nuestras luces y exclamaciones varios pares de guácharos gigantes, se desprendieron de un adorno del artesonado, reconocieron a los intrusos y como buenos porteros armaron su alharaca.

Los Guácharos. Ya hemos mencionado honoríficamente a esta familia. Vale la pena detenernos a describirla, aunque ya lo hizo con lujo de detalles siglo y medio antes Alejandro von Humboldt en su descripción de la cueva de Caribe en Venezuela. Él fue el que los clasificó *Steatornis Caripensis*. A estas tímidas Euménides se les apellida también guapacos (ouapacos) en Pandi, chilladores en Vélez, carabanes en Gramalote y tuta-suesos en lenguaje inga.

Su *hábitat* son las cavernas acuosas de la América Ecuatorial. Los he observado bajo dos puentes naturales: el Icononzo sobre el río Sumapez, Cundinamarca-Tolima, y el de Jesús sobre el río Morcá (Gachalá, Cundinamarca); sacan sus pichones en la cueva de Tuluní (Chaparral, Tolima), en la cueva del río Chivor, vereda Las Mercedes (Ubalá, Cundinamarca) y en la de la Pichonera situada en la parte alta de la vega de San Juan, (Gachalá Cundinamarca).

Abundan en los dos Santanderes, como en el Hoyo del Aire, (Vélez), en el Hoyo de los Pájaros al S-E. De Mogotes, y en Gramalote; en Nariño se han visto en el puente natural del río Tastual y cerca a los pueblos de Limón y de Condagua y según el testimonio del P. de Castellví en diversas cuevas de los ríos Putumayo y Caquetá.

El cuerpo del Guácharo es esbelto, como de gavián, su plumaje es abundante de color carmelito, o

pardo chocolate, con pequeñas manchas blancas en forma rombohédrica en las plumas de las alas y que se reducen a puntos en las plumas de la cabeza y del cuello.

Su vuelo es poderoso como puede apreciarse por el tamaño de las alas que midieron en un ejemplar 80 centímetros de extensión. El guía nos aseguró que en algunos ejemplares la distancia de ala a ala es de 1 metro y 10 centímetros. Suelen tener 10 plumas remeras en el ala y 10 timoneras en la cola que es ancha y en forma de gotera o caballete. Esta es de color carmelito más claro con bandas oscuras al través. La cabeza es plana y ancha por encima. El pico es ganchudo en el extremo y fuerte y bien unido al maxilar y rodeado de rígidas cerdas. Las patas son rojas carmín como de paloma con dedos libres con fuertes uñas encorvadas, aptas para la presión. Los ojos son grandes y semiesféricos de color azulado oscuro. Anidan en las superficies horizontales de las cornisas de las rocas. Por largo tiempo clavamos los haces de las linternas sobre los nidos que son a manera de pandas cazuelas de 10 a 15 centímetros de espesor y con un diámetro de unos 15 a 20 centímetros. Ponen dos, tres y aun cuatro huevos.

Las crías a poco de salir del cascarón son pequeñas bolas de grasa de las que se obtiene un aceite semilíquido, y transparente que se emplea para guisar y aún para alumbrar. Los pichones constituyen un plato delicado del que podemos dar testimonio.

A los pichones los alimentan los padres, nos comentaba el guía, hasta que empluman y se desarrollan, luego les niegan su alimento; entonces enflaquecen los polluelos hasta que sus alas pueden sostenerlos en el aire y les permiten buscar por sí mismos el sustento. A la cosecha de los pichones que tiene lugar en marzo y abril acuden todos los años de cerca y de lejos numerosos parroquianos apreciadores de un bocado exquisito.

Los guácharos son frugívoros, caso único entre las aves nocturnas. Al anochecer dejan sus antros y especialmente en las noches de luna recorren distancias enormes para traer del Caquetá y del Putumayo variadas bayas oleaginosas de las que asimilan sólo el mesocarpio. Las semillas o pepas no asimiladas abundan y germinan en el suelo de la caverna principal, a manera de alfombra blanca y amarillenta por la falta de clorofila.

Entre las seis semillas distintas examinadas encontramos representados al género *Nectandra* en el "Canelo de los Andaquíes", y las familias de las palmáceas, en la *Jessenia Polycarpa*, planta sociable llamada comúnmente Milpesos o Táparo que crece en sitios llamados taparales, y en la *Ceroxylum* sp. O Palma de Cera.

El profesor Griffin de la Universidad de Cornell (Estados Unidos) en marzo de 1953 comprobó en los guácharos de la cueva de Caripe en Venezuela, que estos se dirigen por radar en la oscuridad como los murciélagos. En el oscilógrafo que utilizó, un cierto tic, tic, se transformaba en ondas gráficas de color azul brillante de una frecuencia cercana a las veinte mil vibraciones por segundo.

Durante nuestra visita no dimos con señales de que aquellos socavones hubieran sido guarida del hombre primitivo.

No encontramos utensilios labrados por el hombre, ni signos o pinturas murales, ni restos humanos, ni los monstruos tétricos de piedra de San Agustín, cuya fealdad aflictiva y suma fiera se nos han quedado férreamente grabados en la memoria.

Geología de la cueva. Las rocas que forman la cueva pertenecen al período cretácico medio y se formaron debajo del mar hace más de cien millones de años. Sus estratos son calcáreos fosilíferos, compactos, algo arcillosos, algunos de gran espesor y casi todos de color cemento gris. La gran losa que cubre es de una arenisca calcárea con glauconita. El Dr. Roberto Sarmiento Soto quien amablemente nos hizo unas secciones delgadas de la muestra N° 7 que corresponde a esta roca calcárea arenosa, comenta: El cuarzo se presenta en granos muy pequeños y muestra una recristalización incipiente. La calcita constituye un sesenta por ciento de la roca y está también recristalizada”.

Ocho fósiles recolectamos casi todos sacados de la sala de la Claraboya y el resto de la Galería de los Exploradores.

El Dr. Hans Burgl, Jefe Paleontólogo del Servicio Geológico Nacional nos ha hecho las siguientes determinaciones que agradecemos:

1—Pecten (Neithea) texanus Roemer. 2—Ostrea (Lopha) syphax CoqWand. 3—Ostrea (Lopha) syphax CoqWand. 4— Pecten (Neithea) texanus Roenes? 5—Pecten (Neithea) cfr. Bellula Gragin. 6—Pecten spec. Indet. 7—Caliza sin fósiles. 8—Cryphaca muchonata Gabb?

Su comentario es: “que se trata de una fauna del Albiano Superior y posiblemente también del Cenomiano Inferior. La fauna es más relacionada con la formación Washita de Texas que con otras de la edad correspondiente de la Cordillera Oriental de Colombia”.

En los períodos subsiguientes las formaciones surgieron de los mares para formar esta parte de la Cordillera Oriental y se inclinaron sin deformarse apreciablemente en la región de la cueva hasta adquirir un buzamiento de 18° y un rumbo de N 60 W.

Es claro que el buzamiento de los estratos jugó un papel muy importante en la dirección de las aguas y en la orientación y formación de las galerías.

El estereograma adjunto muestra las secciones laterales del bloque, su inclinación y la forma como pudo formarse la cueva por la acción disolvente de las aguas.

Sobre este bloque de estratos calcáreos iban superpuestas capas de arcilla y cascajo que han sido erosionados y que se puede aún apreciar en la banda occidental del río Suaza.

Sobre el bloque que forma la cueva se encuentran rocas erosionadas, en descomposición, humus vegetal, y buena vegetación de una segunda generación de árboles silvestres.

No hay duda alguna de que estas cuevas y sus secretos laberintos se deben a la acción química y mecánica de las aguas. El agua lluvia, mezclada con CO² que adquiere a su paso por la atmósfera y a través de las materias orgánicas del suelo disuelve la roca calcárea y la arrastra en solución por las fisuras cada vez más anchas de las rocas. La erosión así producida depende de la solubilidad de las rocas, de la cantidad de agua que corre por ellas y de la permanencia más o menos prolongada de las mismas o de su velocidad.

Como se ha anotado ya, una gruesa capa calcárea arenosa cubre todo el bloque. El sílice (40%) y la estructura compacta de esta laja superior han impedido su erosión por las aguas en una gran extensión. Debido al poco contenido de CO³ de esta roca, de su poca disolubilidad, no se han formado en la cueva grande y sus galerías aledañas, las bellas y grandes estalactitas que adornan otras cuevas, ni se encuentra humedad dentro de las galerías secundarias.

Posiblemente el río Suaza corrió de Sur a Norte por encima de la gran loza arenosa y calcárea recostado siempre en su borde occidental sobre las arcillas cascajosas y de fácil arrastre desplazándose lentamente su cauce hacia el occidente.

La losa superior se debió perforar por varias cavidades verticales a manera de vertedero (sink-hole) a lo largo de fisuras o fallas que sirvieron de canales a las aguas lluvias y por donde penetraron en

parte las aguas del Suaza. Los grandes bloques acumulados en la chimenea y en la Sala de la Claraboya así lo indican. Por allí se sumergían las aguas del Suaza a formar la Galería de los Nombres y de la de los Exploradores, la primera de las cuales eran una no interrumpida galería con la del Tigre, antes del hundimiento que formó la gran entrada lateral oriental.

También debieron producirse fenómenos similares en la parte Sur de la cueva dando como resultado la apertura de la actual caverna por donde corre el Suaza y luego hundimientos de la gran losa que redujeron su longitud paulatinamente.

Secas las galerías superiores, el río Suaza seguiría ahondando su lecho y formando las galerías de la parte occidental.

Hacia un nivel más bajo y siguiendo la inclinación N-O. De los estratos se filtrarían las aguas siguiendo grietas y fisuras y disolviendo las calizas. Posteriormente parte de las aguas de la montaña o una desviación del río formaría el Brazuelo que corre torrentoso y estrecho faltándole tiempo aún para labrar su cauce.

Así puede reconstruirse a grandes rasgos desde hace unos 3.000 años, la historia de un río que es arquitecto, escultor y decorador, que un día no lejano terminará su obra maestra en la caverna y se pasará con todo su instrumental y sus aves al Brazuelo a terminar incansable su nuevo proyecto. Su obra monumental será entonces catedral subterránea, o coliseo o estadio protegido contra el sol y la lluvia e iluminado por los potentes reflectores que recibirían energía de la inagotable hidráulica de nuestro mismo arquitecto, escultor y decorador.

